

Javier Pérez Iglesias

Bibliotecario de la
Universidad Complutense de Madrid

Leer en la universidad: encuentros y desencuentros bibliotecarios

"Sólo la imaginación es más importante que el conocimiento"

Albert Einstein

Para un bibliotecario que trabaja en una institución educativa, la lectura es un asunto capital. Podemos decir que entra de lleno en el corazón, en el núcleo, de nuestra actividad profesional. Espero que este dossier pueda explicar por qué consideramos, quienes participamos en él, que esto es así. También me gustaría, con esta presentación, plantear algunas dudas, animarles a que me acompañen en mis contradicciones y tratar de conseguir que la lectura y la universidad sean dos términos relacionados más allá de los apuntes y manuales.

Habría que comenzar con un *mea culpa*, como colectivo, porque creo que desde las bibliotecas universitarias españolas hemos hecho muy poco para fomentar la lectura. Quizá debido a que hemos considerado que su aprendizaje es una actividad que se desarrolla en una época determinada y cuya enseñanza atañe a instituciones ajenas a la nuestra.

Pero eso dista mucho de ser cierto, si tenemos en cuenta que nos pasamos la vida aprendiendo a leer y a escribir. Comenzamos a familiarizarnos con la lectura antes de escolarizarnos (con los carteles de las calles, los titulares de los periódicos, la publicidad..., todo lo que llama la atención de los niños) y no dejamos de hacerlo una vez que hemos salido de la escuela primaria. Cuando aprendemos a escribir un trabajo académico nuestra alfabetización continúa completándose y lo mismo ocurre cuando leemos determinados textos, que siguen unas reglas distintas a los libros a los que estábamos acostumbrados, o cuando aprendemos la lógica que rige los artículos científicos, tan diferente de la que siguen otro tipo de publicaciones.

También puede ser que hayamos desatendido la lectura por asociarla al mundo

del ocio y por creer que las bibliotecas de las instituciones académicas no tienen una responsabilidad en ese sentido. Pero, en realidad, el entretenimiento es sólo uno de los muchos aspectos que presenta la lectura. Además, si no somos restrictivos en nuestra concepción de lo que es el aprendizaje, el ocio y el afán de conocimiento se encuentran, o deberían encontrarse, y se potencian.

En realidad, nada más lógico que en las universidades se lea y se lea por placer. La mayor parte de nuestra comunidad está compuesta por jóvenes que se están formando y la lectura de textos literarios es, o debería ser, una actividad ligada al aprendizaje, a la formación y al conocimiento. ¿No se han basado la vida intelectual y el avance científico en una mezcla de ocio y disfrute combinada con afán de conocimiento? ¿No han sido durante siglos la reflexión y la creatividad elementos fundamentales de la cultura académica? ¿No tiene todo esto mucho que ver con lo que la lectura nos hace cuando nos dejamos actuar?

La bibliotecaria de la West Chester University (Pennsylvania), Amanda Cain, está convencida de que los profesionales que estamos implicados en tareas de formación y alfabetización informacional hemos caído en la nefasta influencia del imperativo consumista/productivista que asola a las instituciones de educación superior. Cuanta más información disponible mejor, cuanto más se publique mejor. Este panorama hace que no nos sintamos implicados en la formación lectora más allá de algunas herramientas básicas y siempre puestas en función de fines "prácticos". La señora Cain argumenta: "La lectura exige silencio y mucho tiempo. Es rotunda-

mente privada e individualista y, aparentemente, resulta improductiva. En una época en la que a los estudiantes universitarios se les exige estar iniciados en entornos de interconexión electrónica para tener una experiencia de aprendizaje, la lectura “profunda” podría incluso ser una actividad subversiva”. Amanda Cain piensa que esto sería motivo suficiente para que iniciáramos a los estudiantes en ella.

Quizá la principal misión de la universidad, y desde luego de cualquier biblioteca, sea despertar el espíritu, animar la creatividad y, en definitiva, formar personas cultas. Esta es la tesis que defiende Javier García en su artículo *La misión cultural de la biblioteca universitaria*. Este bibliotecario complutense nos presenta una visión radical, y rigurosa, de lo que debe ser la actividad bibliotecaria en una universidad que está viendo, poco a poco, como se desdibuja su papel en la sociedad. ¿Estarán justificadas estas instituciones tan caras y sofisticadas, que son las universidades, como meros locales de entrenamiento para el mundo empresarial? ¿Queremos una universidad centrada en la formación de mano de obra para un mercado que cambia su orientación sin previo aviso?

Se me vienen a la cabeza unas palabras de una bibliotecaria, maestra de bibliotecarios y activista, Geneviève Patte, cuando, en una entrevista concedida a *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA*, cita a un gran científico francés del siglo XIX que, dirigiéndose a sus colegas de la Academia de las Ciencias, dijo: “Si ustedes quieren matemáticos, cuéntenles a los niños cuentos porque lo importante es la imaginación”.

En todo caso, hay un aspecto de la lectura al que no pueden permanecer ajenas las bibliotecas universitarias: en nuestra cultura, y en esta época, es una práctica imprescindible para acceder al conocimiento. Las universidades públicas son instituciones educativas obligadas con la sociedad que las sustenta. Como tales, están comprometidas en la formación de buenos profesionales (que además deben ser buenos ciudadanos). No podemos contentarnos con dotar a los universitarios de unos conocimientos “técnicos” o específicos de la profesión que van a desarrollar. Sabemos que lo importante es adquirir habilidades para saber dónde y cómo encontrar la información adecuada que necesitaremos para aprender a lo largo de la vida. Ya nadie duda que, más allá de que asimilemos unos conocimientos cada vez más cambiantes, lo que necesitamos para ejercer una profesión es la capacidad para escoger entre diferentes fuentes y poder

valorar e incorporar la información obtenida con el fin de convertirla en conocimiento.

Eso lo sabemos muy bien en las bibliotecas universitarias y, desde hace tiempo, nos consideramos herramientas para el aprendizaje. Pero, quizá no tengamos suficientemente en cuenta que la lectura literaria hace algo más que entretenernos o permitarnos disfrutar de un ocio diferente. De hecho, nos despierta la imaginación, tan necesaria en todas las disciplinas y áreas de conocimiento. Y no sólo la lectura literaria estricta (novela, poesía o teatro) sino un determinado tipo de lectura, que necesita tiempo y amplitud de miras, y que puede ser de textos filosóficos o de ciencias sociales o de entretenimientos matemáticos.

Quizá por eso, la Biblioteca de la Universidad Politécnica de Cataluña (BUPC), nos lo cuentan su director Dídac Martínez y dos de sus bibliotecarios, Marta López-Vivancos y Rubén Pocull, mantiene colecciones pensadas para ensanchar la visión de los futuros ingenieros. Es una manera de incitar a los profesionales técnicos a pensar sus especialidades desde otros lados, a problematizar su visión de las cosas.

Un carácter similar tienen las colecciones Extra-BUC, de la Biblioteca de la Universidad de Cantabria, según nos relata Marta Ontañón en su artículo. Las distintas divisiones de la Biblioteca de la Universidad de Cantabria ofrecen lecturas, películas y música. Su elección tiene cierta relación con las disciplinas que se imparten en la universidad, pero su carácter es absolutamente extracurricular.

Las bibliotecas universitarias estamos muy comprometidas con la institución a la que servimos y llevamos un largo trecho recorrido en lo que se refiere a calidad, eficacia y eficiencia a la hora de desarrollar nuestros productos y servicios. Es más, el actual paradigma de biblioteca, que está muy relacionado con lo digital o electrónico, parece casar perfectamente con las bibliotecas de las instituciones de educación superior y eso nos hace sentirnos en la cúspide de la pirámide profesional. Encontramos nuestro lugar junto a todo lo que se relaciona con la investigación y la comunicación científica, pero parecemos olvidar uno de los aspectos fundamentales de la institución a la que servimos: la docencia. Es decir, el aprendizaje. La formación de personas que tendrán, como profesionales, un papel importante en la sociedad.

El modelo educativo que se dibuja con el acuerdo de Bolonia exigirá a los estudiantes no sólo hacer uso de las coleccio-



nes de la biblioteca sino acceder a los servicios y recursos de la Red, así como a una gran variedad de material docente, que los profesores deberán generar, y la biblioteca debe poner a disposición de sus usuarios.

Pues bien, para que los estudiantes sean capaces de elaborar sus trabajos, de escoger entre diferentes fuentes de información, de manejarse con textos diversos, necesitan dominar la lectura y la escritura (que son, en realidad, dos caras de la misma moneda).

No dejamos de escuchar lamentos sobre el bajo nivel de lecto-escritura de los estudiantes universitarios. Es una queja que se lleva escuchando desde hace años y siempre se busca la explicación en el defectuoso funcionamiento de los niveles anteriores del sistema educativo. No digo que la escuela (primaria y secundaria) no tenga responsabilidad en esta situación pero no podemos seguir actuando como si la universidad no tuviera nada que hacer al respecto.

Porque es evidente que sí tenemos mucho que hacer para mejorar la capacidad lectora y escritora de los universitarios. La promoción de la lectura sería, desde este punto de vista, un aspecto más de la Alfabetización Informacional.

¿Pero qué hace a las bibliotecas universitarias tan reticentes a asumir compromisos en el ámbito de la lectura recreativa o no curricular? ¿Será consecuencia de un complejo de superioridad que nos hace sentirnos por encima de todo esto? Es interesante ver que en los Estados Unidos, en donde las bibliotecas universitarias ofrecen lectura recreativa desde los años 20 del siglo pasado, hay muchos centros que no participan de estas actividades. Según un estudio realizado por Jullie Elliot, las principales razones argumentadas por las bibliotecas que no ofrecen servicios de animación lectora son la falta de personal, las restricciones presupuestarias y la falta de espacio. Es probable que una encuesta realizada en nuestro país arrojará los mismos resultados. Por otra parte esos argumentos son la justificación más común para cualquier cosa que no se haga en una biblioteca.

Lo que quizá pueda cambiar el panorama es que los bibliotecarios nos convenzamos de que la lectura es importante para la educación integral de los estudiantes. La manera que tienen los textos literarios de "trabajarnos" puede ayudar a que se articule mejor la personalidad de los jóvenes, que por lo tanto les ayude a pensar más claramente y que, de esa manera, pueda mejorar su rendimiento en los estudios.

Por supuesto, la promoción de la lectura no es algo que competa en exclusiva

a las bibliotecas. Más bien es una cuestión de colaboración entre docentes y bibliotecarios. Pero claro, tampoco podemos olvidar que, para que eso ocurra, para que bibliotecarios y docentes trabajen en este campo es necesario que ellos mismos estén "contaminados" por la experiencia de la lectura.

Uno de los principales cambios que ha sufrido la enseñanza universitaria en los últimos años se debe a su generalización. En las tres últimas décadas del siglo XX la universidad ha dejado de ser patrimonio de una reducida elite para acoger a un sector cada vez más numeroso de la población joven. Estos universitarios proceden de muy diferentes niveles culturales y, en muchos casos, no vienen de hogares lectores en los que hayan podido tener un contacto temprano y estimulante con los libros. Precisamente por esto, las universidades, y sus bibliotecas, tienen la obligación de actuar y servir como correctoras de desigualdades.

Cada año, ingresan en la universidad nuevos estudiantes. Esta constante renovación del núcleo mayoritario de nuestros usuarios hace que tengamos que replantear los servicios, y la manera de ofertarlos, cada poco tiempo. María Jesús del Olmo nos habla en su contribución de cómo son los hábitos lectores de los "nacidos digitales", tomando como base el estudio *To Read or Not to Read*, realizado en los Estados Unidos en 2007. En su artículo aporta interesantes datos sobre los usuarios más jóvenes y sus hábitos de información y comunicación. Parece que se está perdiendo el hábito de la lectura porque no casa con las nuevas maneras de informarse y comunicarse. Las habilidades multitarea, que permiten a los adolescentes chatear, navegar por Internet y lanzar SMS desde su móvil mientras repasan sus apuntes, no casan con la concentración necesaria para adentrarse en los textos literarios. ¿Se perderá la lectura como se perdieron las historias alrededor de la lumbre? El informe que utiliza del Olmo para sus reflexiones nos dice, sin embargo, que los adolescentes leen mucho y libros de muchas páginas (aunque la mayoría sean del mismo tipo de literatura). Es después cuando pierden el hábito ¿Quizá cuando llegan a la universidad y leer se convierte en enterarse, resumir y tomar ideas y citas para hacer trabajos de curso?

Precisamente, para llegar a estos usuarios tecnológicamente activos, las bibliotecas están implantando herramientas de la Web 2.0. Dídac Margaix nos ofrece un panorama de lo que se está haciendo y, sobre todo, nos sugiere posibilidades aún sin desarrollar en nuestro ámbito, aunque

algunas bibliotecas públicas ya estén experimentando con ellas. Algo debe estar ocurriendo cuando las iniciativas para dar presencia a la lectura a través de herramientas participativas están empezando a producirse en las instituciones académicas. En el último año han surgido *blogs* que intentan visibilizar las colecciones, promocionar textos e intercambiar propuestas lectoras con los usuarios.

Aquí presentamos los ejemplos, contados por sus protagonistas, de distintas universidades: la Universidad Politécnica de Valencia con su blog, *Connecta't a la lectura*; el de la Biblioteca de la Universidad Carlos III de Madrid, *365 días de libros*; el blog de la División de Ciencias de la Biblioteca de la Universidad de Cantabria, *Imaginar la ciencia*; y el que mantiene el personal de la Biblioteca de Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

Pero las herramientas de la web social no sólo marcan cambios tecnológicos sino que tienen que ver con actitudes que casan muy bien con los “nativos digitales”: la confianza, la participación y el trabajo colectivo. Parece que los bibliotecarios vamos perdiendo algo de esa pátina ilustrada que nos hace organizarlo todo “para los usuarios pero sin los usuarios”.

Y con tanta comunidad virtual, ¿se acabaron las bibliotecas como lugares de encuentro y de interacción? ¿Será que todas las comunidades van a ser virtuales? Pues parece que, de momento, esto no es así. La gente sigue acudiendo a los espacios físicos de nuestros centros para tener contactos e intercambiar ideas y afectos. En eso se basa el éxito del Club de Lectura de la Universidad de Murcia. Sus miembros se apuntan por Internet pero, como nos cuenta su director, Ángel Salcedo, llevan seis años mezclándose (estudiantes, profesores, investigadores y personal administrativo y de servicios) para compartir lecturas y hablar sobre ellas.

Y además, aunque en algunos sectores (como las revistas científicas o las obras de referencia) la edición electrónica haya triunfado, el libro objeto, en soporte papel, sigue presente y domina una gran parte de nuestras lecturas. Aunque el soporte no es el asunto que aquí nos ocupa, sino una determinada manera de leer un determinado tipo de textos, los editores son conscientes de que se están produciendo cambios en su mundo. No podía faltar, en el panorama que pretendemos mostrar, ese importante eslabón de la cadena de la lectura que son los editores. Magda Polo, presidenta de la Unión de Editoriales Universitarias Españolas, es una invitada de lujo para contarnos las ini-

ciativas editoriales (desde hacer más atractivas las portadas hasta ensayar nuevas formas de difusión) que están ayudando a que los estudiantes, también el resto de la comunidad universitaria, se acerquen a la lectura. Por otro lado, las editoriales académicas son cada vez más conscientes de que sus publicaciones tienen acogida más allá del campus y que su oferta puede resultar atractiva para toda la sociedad.

Las bibliotecas universitarias españolas empiezan a considerar la lectura recreativa y el ocio cultural como un ámbito más de su actividad. Un terreno en el que hay que estar para ofertar mejores servicios a sus usuarios. En este sentido, la Biblioteca de la Universidad Complutense ha creado una nueva colección, llamada de ocio, que, de momento, cuenta con películas, ficción o documentales, que se alojarán en todos los centros. Es un primer paso, ya que dentro de la línea estratégica 5, “Biblioteca y Sociedad”, del *Plan estratégico 2007-2009*, se incluye como objetivo operativo, “ampliar los programas de fomento de la lectura y de ocio con bibliotecas públicas y de otras instituciones”.

Por otro lado, en las bibliotecas de la UCM hay otros ejemplos, en las facultades de Medicina, Veterinaria e Informática, donde, desde hace ya tres años, se están formando colecciones con obras de ficción que tienen bastante uso. Los alumnos comentan que les gusta poder leer cosas que no sean estrictamente curriculares.

La transformación de las bibliotecas universitarias en Centros de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación, CRAI, obliga a que repensemos qué ofrecemos, cómo lo ofrecemos y para qué lo estamos haciendo. Las últimas tendencias en edificios de bibliotecas académicas incluyen espacios para el ocio porque la misma actividad de estudiar (y pensar) va unida a los momentos de descanso y de relajación. Es importante, para el trabajo intelectual, tener el hábito de distraer la mente y dejar que entren nuevas ideas. En realidad, la actividad intelectual, que durante siglos se ha llevado a cabo en las universidades, está muy relacionada con el ocio porque pensar requiere tener tiempo para distanciarnos de lo inmediato. Lo cual tiene mucho más que ver con la lectura literaria (y placentera) que con los manuales y la bibliografía especializada de cada área.

Llegados a este punto, no puedo dejar de explicitar una contradicción que se me presenta cuando pienso en la lectura y mucho más cuando pienso en lo que podemos hacer para fomentar la lectura en las universidades.

Quienes creemos que la lectura es algo bueno tendemos a hacer un discurso utili-



Bibliografía

- CAIN, Amanda. "Archimedes, Reading, and the Sustainance of Academic Research Culture in Library Instruction". En: *The Journal of Academic Librarianship*. Vol. 28, n. 3 (2002) pp. 115-121
- ELLIOTT, Julie. "Academic Libraries and Extracurricular Reading Promotion". En: *Reference & User Services Quarterly*. Vol. 46, n. 3 (2007) pp. 34-43. Disponible en: <http://rusq.org/2008/01/05/academic-libraries-and-extracurricular-reading-promotion/2/> [Consultado 29/04/08]
- GENEVIÈVE Patte, bibliotecaria y expresidenta de la asociación La Joie par les Livres. [entrevista realizada por Ramón Salaberria]. En: *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA*. n. 155 (2006) pp. 57-60
- SALMÓN MUÑOZ, Fernando. "A propósito del caso de un niño que se bebía los libros". En: *Palabras por la lectura*. Toledo: Consejería de Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. 2007

tarista: nos hace mejores personas, nos ayuda a expresarnos mejor, a entender a nuestros semejantes, a tener éxito social... Lo cierto es que esto no necesariamente es así. No hace falta recordar todos los crímenes atroces que ha cometido tanta gente culta y leída. También es notoria la cantidad de personas que han triunfado socialmente, y que se han hecho ricas, sin necesidad de leer libros (más bien al contrario). Como yo soy, además de entusiasta lector, bastante proselitista, les recomiendo que lean *Los demasiados libros* de Gabriel Zaid, *Qué leen los que no leen* de Juan Domingo Argüelles o *Lenguaje y silencio: ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano* de George Steiner, para dismantelar ese discurso triunfalista (que lleva bastante clasicismo escondido) sobre la ecuación lectura = felicidad-bondad-sabiduría.

Además, los que somos lectores empedernidos, los que disfrutamos y no podemos vivir sin que la lectura ocupe una parte importante de nuestras vidas, sabemos que es una actividad relacionada más con el vicio y lo inútil (con perder el tiempo) que con lo edificante y productivo.

Ahora bien, la contradicción tiene muchas vueltas de tuerca y, al mismo tiempo, estoy convencido de que la lectura puede hacernos vivir de una manera más plena y puede mejorar nuestra capacidad para aprender y ser mejores. Creo que, lejos de ser un lujo inútil, la lectura (y la escritura) es una herramienta imprescindible para apropiarnos del conocimiento. En realidad, su principal bondad es que puede actuar sobre nosotros en el sentido de hacernos más capaces para contarnos nuestra propia historia.

Lo menos que podemos hacer, desde las bibliotecas universitarias, es facilitar a los estudiantes el contacto con buenos textos literarios, ayudar a que la literatura les conmueva, a que creen su propia relación con lo escrito a partir del goce.

Pero es indudable que, además de entretenernos, relajarnos, o hacernos olvidar la tensión de los exámenes, la literatura, la lectura literaria, nos puede enseñar muchas cosas. No sé, creo que se puede aprender más de cómo fueron los años más negros de la posguerra española, del dolor y la desesperanza de los que se sentían negados y oprimidos, leyendo *La buena letra* de Rafael Chirbes, que en muchos tratados históricos sobre esos años. O que podemos saber más sobre el comportamiento humano ante los celos, el amor y el desamor, leyendo a Proust que consultando las obras de autoayuda que tanto proliferan. O que el dolor por la pérdida, la enfermedad y la muerte se ex-

plican mejor en *Patrimonio* de Philip Roth que en cualquier tratado médico.

En este sentido, recuerdo la contribución del catedrático de Historia de la Medicina, y profesor en la Universidad de Cantabria, Fernando Salmón, en el libro *Palabras por la lectura* cuando dice: "El estudiante de medicina aprende que las células, los tejidos y los órganos son posibles asientos de enfermedad; pero, en las novelas, como en la vida, se le recuerda que éstos están dentro de un cuerpo, que ese cuerpo es una persona que ha tenido, tiene y quizás tenga una historia antes, con o después de la enfermedad [...]. No sé si la lectura compulsiva por parte de los estudiantes de medicina podrá llegar a tener un impacto mensurable en la mejora de nuestro sistema nacional de salud, pero, sin ninguna evidencia científica que lo avale, seguiré intentando convencer a mis estudiantes de que si leen, quizás no lleguen a curar más; pero, sí de que serán capaces de cuidar mejor".

Me gustaría terminar esta presentación del dossier *Lectura y universidad* con dos reflexiones. La primera, es que la comunidad universitaria no está formada sólo por profesores y alumnos sino que también incluye al personal administrativo y de servicios. La biblioteca debe preocuparse también por ese sector de usuarios. Y esto se refiere tanto a sus necesidades informativas y formativas, para mejorar profesionalmente, como en lo relacionado con promocionar la lectura.

En segundo lugar, debemos tener en cuenta que las bibliotecas universitarias de titularidad pública pertenecen al sistema bibliotecario español. Es decir, tienen una misión que cumplir para toda la sociedad. Las bibliotecas universitarias públicas comparten la obligación de garantizar que cualquier persona, de cualquier edad y en cualquier lugar en el que resida, pueda acceder a los documentos que necesita. Si queremos que las bibliotecas tengan un papel en la educación a lo largo de la vida se hace imprescindible que haya cooperación entre bibliotecas públicas y universitarias.

Hay un amplio territorio en el que todas las bibliotecas de titularidad pública podemos avanzar en colaboración para promocionar la lectura y mejorar el acceso a la cultura de toda la sociedad. Esto me hace recordar la intensa actividad bibliotecaria de la Segunda República y sus intentos para crear una sociedad más justa y una ciudadanía lectora más libre. Muchos bibliotecarios nos sentimos herederos de esa tradición y, por lo tanto, la lectura no nos parece una cuestión de gusto y entretenimiento sino un derecho irrenunciable. ◀▶